ALFAGUARA

Gastón García Marinozzi

Los lugares verdaderos

Narrativa Hispánica

Mañana

1

Al cabo de un tiempo, un matrimonio es una sucesión de listas. De los buenos momentos, de las cosas malas, de los viajes y de las fotografías, de canciones, de comidas, de dietas, de números de teléfonos, de los tuyos y los míos, de casas para alquilar, de hipotecas, de coches para comprar, de invitados a la fiesta, de bancos donde ahorrar un poco de dinero, de gastos divididos (de manera detallada: uno paga la luz, el gas, la señora de la limpieza; el otro internet, el agua, el seguro del auto). Una lista de nombres para los hijos, la lista del supermercado. Una lista de libros y de discos, los tuyos y los míos. Una lista para las vacaciones. Otra para el futuro. Una lista de las veces que quisimos decirnos adiós y otra lista de las veces que decidimos disimular y volvernos a decir que esto iba a ser para siempre. Una lista de los lugares del mundo donde podríamos pasar la vejez de la mano, una lista de canciones para el funeral. Una lista de los muebles, cuál se queda cada uno, una lista de empresas de mudanza. Una lista de abogados. Una lista de las listas tuyas y otra lista de las mías. Una lista que una todas las demás.

Son las cuatro de la mañana y un sucedáneo de listas despierta a Pedro que, con una oreja aún hundida en la almohada y entre las sombras de la noche, observa el pelo revuelto de Ana que duerme a su lado. De los quince años que llevan juntos, Pedro Ruiz puede buscar y encontrar,

entre las trampas de la memoria, el cansancio y el olvido, otra lista con las escenas de amor, pasión y compasión, que son, piensa, de las mejores cosas que tiene en común con Ana. Algunas no han sobrevivido al tiempo, pero otras siguen impolutas al paso de los años. La lista del amor que nunca se acaba. La lista de la resistencia de la vida: alguna canción en el piano, las veces que duermen abrazados guarecidos de la lluvia del verano, los juegos en el sillón, las noches en las que se extrañan. Las veces que se excita, piensa Pedro, las veces que el mundo depende de su ausencia fugaz. O cuando se despierta de madrugada, como ahora, y vaga por la casa. De alguna manera, lo sabe Pedro, esa es la mejor parte de lo que es ahora este matrimonio, lo que sucede cada vez que Ana existe solo en su mente, cuando ella se va por un rato de la casa, tal vez por un café, acaso a comprar algo, o tiene función, y puede masturbarse tranquilo. Cada día Pedro Ruiz se despierta a las cuatro de la madrugada. Su jornada empieza un poco más tarde: la primera clase la tiene a las siete, así que le bastaría con levantarse un hora antes para llegar a buen horario al club. Pero a las cuatro de la madrugada, cada día, sea martes, miércoles o domingo, Pedro salta de la cama. Siempre. Deambula un rato, piensa en cualquier tipo de cuestiones. Últimamente todo tiene que ver con Ana. Con Ana y con él. Pasea unos minutos por la amplia casa, va al baño, y se vuelve a dormir.

Hay un reloj, piensa Pedro, que salta en medio de los sueños como si quisiera recordarle que nada tiene mucho sentido, y que la realidad es esta, que le dice que no se deje llevar por los engaños de las sirenas del mar de la noche. Que la parte más ridícula de contar una historia es el comienzo, como en una película, un libro, como el día. Em-

pezar el día de madrugada, temeroso, pero también con el alivio de liberar la vejiga.

Pedro despierta súbito, como si sonara una alarma que marca el fin de algo que acaba de caducar, o de morir. Observa a Ana, el pelo, su cabeza volteada y el suave ronquido de un incipiente resfrío. Sale de la cama. Algo de nosotros muere cada noche, se dice. Lo sabe. Solo que no lo percibimos, se dice a sí mismo, y seguimos viviendo con estos restos de nosotros, como dos ballenas muertas flotando en el océano, como el muerto en el cajón, en nuestro propio cuerpo. Como los muertos malolientes de nuestras relaciones, piensa. Que cargamos, los llevamos al cine, al teatro, convivimos con ellos e incluso los sentamos a la mesa de nuestros últimos aniversarios.

Todo amanecer conlleva un corazón que late. Cualquier historia de amor tiene, como el alba, un núcleo que encuentra su palpitar en una pregunta que le da sentido. Responder esa pregunta da razón y vida a ese amor.

El último día, sin embargo, en ese centro un órgano late lento, carrasposo, con un pulso de campanas herrumbradas, de motor silente. El amor muere a la manera de las ballenas, en silencio, poco a poco, aplastado por su propio peso, encallado en una playa lejana, irreconocible, en una noche triste de invierno.

Así como la escasa luz confunde noche y día, hay un momento del amor en el que no se diferencia de una enorme montaña de carne y huesos y dientes tirada al borde del mar. O dos montañas, una para cada quien. Yace en el próximo olvido, imposibilitado de regresar al agua. Las ballenas extraviadas arrastradas al estuario del final, sangrando por las heridas, dispuestas a explotar y expulsar toda la basura convulsionada de su interior.

¿Qué preguntas pueden responder dos ballenas a punto morir? ¿Qué respuestas tienen los amantes, a la hora de las despedidas?

Ahora, levantado en medio de la oscuridad de la noche y del frío del invierno, recuerda una obra de teatro que vieron hace un par de años, un monólogo de una mujer en la madrugada. Ana tiene unos cuadernillos donde enlista las películas que ven, las obras de teatro a las que van, las exposiciones que visitan. Pega los folletos de los museos, anota el título, la fecha, datos cualesquiera, quién la dirige, quién actúa. No suele calificarlas a no ser que les encante. Y el comentario suele ser así de simple y cómplice y en plural: nos encantó. En plural y en pasado, en pasado y en plural, como hablan todas las parejas a punto de la implosión.

Hay suficientes pinturas, cine y teatro anotados en varias libretitas acumuladas en quince años. Aquella obra se llamaba *4.48 Psicosis*, recuerda Pedro más o menos a la misma hora, minutos más, minutos menos, y el título refiere a la hora pico de llamadas telefónicas a los centros de atención al suicida en Inglaterra.

Esa hora, esta hora de la madrugada es, según las estadísticas, el momento cúlmine de la desesperación, el de los gritos de ayuda de quienes pueden gritarlo, o el suspiro de despedida para quien no puede agarrar el teléfono.

Explican los especialistas, que a partir de las cuatro de la mañana, dejan de hacer efecto las benzodiazepinas que se engulle la gente para dormir. La mente salta como una alarma atormentada y de pronto se topa, en la oscuridad de la noche, quién sabe si sin nada, pero al menos sin nada que le haga sentido. En la libreta de películas y obras de teatro de Ana calificó a *4.48* con un Nos encantó. Cuando leyeron la reseña en el periódico, se enteraron que la autora

de ese monólogo se había suicidado, y que esa obra quería ser un último grito de auxilio.

Piensa Pedro todo esto ahora que son las cuatro y pico de la madrugada, cuatro y cuarto, o cuatro y cuarenta y ocho, no lo sabe bien porque no necesita consultar el reloj. Cuando se despierta, como lo hace cada día, no lo hace abrumado. Él no toma benzodiazepinas ni nada similar. Despierta así cada día. No es algo que le preocupe, no hay gritos ni desesperación, piensa Pedro, pero hoy, justo hoy, tiene el recuerdo de esa obra de teatro, pero sabe que no es más que una evocación de un recuerdo bastante grato, hermoso, diría Pedro.

Esas salidas con Ana, ese tiempo juntos, y en especial, recuerda ahora, la puesta en escena y la actuación de la actriz, les parecieron sobresalientes. Les encantó, como dijo Ana, en plural, a los dos, en pasado, Nos encantó.

Pedro cree que esta manera de despertarse así, de repente, sin aviso, sobre todo de esta manera y lo que piensa esta noche, es la alarma de algo que está dejando de funcionar, una batería a punto de desfallecer. Vamos, se dice Pedro, mientras se toca la barba de pocos días, esta vez no puede ser como siempre. Estas cuatro de la mañana no son las mismas de todos estos años.

Ahora mismo, Pedro siente una nostalgia también inmediata, pero que también inmediatamente se difuma. Así cada noche. La exactitud del reloj dentro suyo. Y cuando salta, porque él salta de la cama, se eyecta, y ve la oscuridad como un manto sobre todos ellos, estira la mano para tocar el cuerpo de Ana, con todo el esfuerzo del mundo por no despertarla, como si acariciara las trizas de un pájaro herido.

La toca con las yemas de los dedos. Comienza por el muslo, sube por la cintura y recorre parte de la espalda has-

ta el hombro. Le da un beso suave y por fin se levanta. Así es su despertar a las cuatro de la mañana, cada día. Un susto, una nostalgia, el amor de Ana, el recuento de los muertos, la oscuridad de la casa, la respiración rasposa del perro a los pies de la cama. Se levanta, va al baño y regresa, se tapa con el edredón y duerme, no sé si feliz, porque a él y a la gente les gusta poco esa palabra, no sabe por qué, pero sí contento, o al menos puede decir que sosegado en la virtud de la calma.

En esos momentos, cada vez Pedro recorre los veintisiete pasos que separan la habitación de su baño, que no es el de Ana, porque el de ella da a la habitación. Observa cómo lo mira el perro, fastidiado por haberlo despertado. No es hora de comer, le dice. Alcanza a ver por las ventanas del pasillo de arriba las luces encendidas en la planta baja. Una noche como esta, es una noche oscura y fría, pero la escalera se ilumina con el tintinear de las lucecitas de colores del árbol de Navidad. Pedro mea, sacude el pene y antes de guardarlo dentro del piyama, lo observa y lo sostiene y lo menea un rato, esperando que surja una erección. Pero no. Baja a la cocina por un vaso de agua. Escucha que el perro bosteza, se estira. Ana no se inmuta.

En la sala mira el piano iluminándose en la intermitencia de las luces de las fiestas, que en un destello fugaz cubre de una verbena tímida pero falsa, no solo a este piano, y a toda la historia de ese piano en esta casa, sino también esos focos rojos que al encenderse y apagarse, junto a los verdes, los azules y por supuesto los blancos, hacen aparecer, y de pronto desaparecer, la escena de la casa y las cuatro paredes de la sala: las fotos de los viajes, los sillones hechos para el abrazo, el florero roto, y las pilas de cajas de discos, de libros, todo listo para la mudanza.

Antes de volver a la cama, a su lado que ahora ocupa el perro, apaga las luces del árbol. Oye fuera un viento suave, pero que sabe helado. Como la respiración resfriada de Ana. Tendremos un día largo, piensa Pedro. Los 24 de diciembre siempre son largos, lo sabe. Esta noche es Nochebuena, y mañana cumple años. Cuarenta años. En un rato se irá a dar clases, luego al aeropuerto a buscar a una amiga.

Al mediodía verá a su padre. Luego, Ana irá al super, prepararán algo para llevar a la cena, enfriarán las botellas recién compradas, manejarán dos horas hasta la casa del mar y todas esas cosas, y en algún momento, piensa Pedro, teme Pedro, se tendrán que mirar a los ojos, Ana y él. Ana y Pedro se mirarán a los ojos, harán un repaso de amor y despedida y tal vez se den la mano, un beso, un abrazo, para decirse adiós para siempre, en unas horas, en la última noche buena juntos.

En unas horas Ana saldrá, y Pedro se masturbará como lo hace cada vez que ella no está. Imaginará que acaba en su vientre. Se jalará con fuerzas en el lavamanos del baño de abajo, escuchará cuando ella llegue, se estacione en el garaje, baje las compras, cierre la puerta con un golpe de cadera, y ponga la alarma, mientras hable por teléfono con no sabe quién. Él recogerá las gotas con papel higiénico y se limpiará con agua y jabón antes de salir, y la saludará, aunque ella no lo escuche porque llevará los auriculares del teléfono puestos.

Dejará las bolsas del súper al lado de las cajas de la mudanza, las abandonará en el suelo junto a este territorio que no ocupan desde hace días, donde pusieron el árbol de Navidad, como cuando en la guerra se planta una bandera blanca en medio de un paisaje derruido, y que con su presencia, con sus lucecitas que se prenden y que se apagan, trans-

mutó ese espacio de sus vidas. Ese espacio de la casa, la entrada, que en estos momentos se convierte en el pórtico de las despedidas.

Nadie sabe qué hacer con la presencia del árbol en la noche del adiós. Es como tener una ballena entre los muebles. Nadie sabe qué hacer con el amor cuando se acaba. El amor cuando se acaba, piensa Pedro, es como una ballena en la sala: nadie sabe qué hacer con eso.

Ana dejará las llaves sobre el piano, y seguirá escaleras arriba hacia las habitaciones. No lo saludará, acaso porque no lo ve o porque estará demasiado concentrada en su conversación. Mirará las cajas, ella subirá corriendo sin siquiera mirarlo, y él que se apurará para verla de atrás, por esa falda apretada, corta, que se pone hoy, y esas medias gruesas de color verde, que le marcan las piernas, que aún le fascina, como la primera vez que la vio hace casi veinte años, tanta vida, entrando a una fiesta, y esa fascinación que sobrevivió a todo el fracaso de su matrimonio, que pervive día a día a lo largo de los años, sosteniéndose endeble como torres de cajas de cartón de libros olvidados. Ana pasará a su lado y la olerá y la sentirá y escuchará hasta las partículas del aire que rompe a su paso.

Pedro observará que ella compró algo de verduras, dos botellas de champaña, y un postre de merengues para llevar esta noche a la casa del mar, donde convocaron al grupo de amigos para celebrar por última vez, juntos, la Nochebuena y su cumpleaños. Lo de celebrar el cumpleaños es algo relativo, porque nada se superpone a la cena de Navidad. A la hora de los presentes, nadie sacará un segundo regalo para desearle feliz cumple, será, como siempre ha sido desde hace treinta y nueve años, una secuela imprevista, casi indeseada, de la otra gran fiesta.

Su madre siempre contaba, cuando alguien aludía a que también es el cumpleaños de Pedro, lo hizo cada año de los últimos treinta y ocho años, que aquella noche en la que nació Pedro fue una noche horrible, que les arruinó una cena de Navidad muy especial.

Durante algún momento de este 24 de diciembre, Pedro, recién masturbado, mientras Ana habla por teléfono en la parte de arriba, sacará el helado de la bolsa del súper y lo guardará en el freezer. De las demás bolsas sobresaldrán los picos de las botellas y el tronco de un apio que se inclinará sobre la caja de libros que forma una torre pequeña y descuadrada. Todas parecen tumbadas, descuidadas, y a su manera, de ahí la palabra que se le ocurre a Pedro, se parecen a las tumbas abandonadas de un cementerio cerrado.

Ana seguirá al celular por un largo rato, celebrando lo que parece ser un chiste o al menos algo muy gracioso que le dicen del otro lado, porque su risa será estruendosa y hará ladrar al perro. Porque a veces ella se ríe así, y a pesar de todo era él, pensará Pedro, el que a veces la hacía reír de esa manera.

Por la tarde, observará Pedro las cajas, el árbol, la ballena, el amor, como observa ahora en la madrugada a su alrededor antes de volver a la cama. Son varias cajas que forman tres o cuatro torres débiles con la primera parte de la mitad de una biblioteca, la suya, que desde hace dos días va amputándose libro a libro, acomodados de uno en uno y en orden alfabético en cajas, que conforman una lista de lista de autores y títulos que llevan escrito en rojo sobre la tapa de cartón, según corresponda, las letras y los números 1/A 2/B1, 3/B2, 4/C, 3/D y así hasta llegar a las última torre. De la caja de la T, entreabierta, sobresale el catálogo de la exposición de Turner en el Prado, que ahora Pedro no

se atreve a abrir, pero acaricia el lomo y observa las luces de la noche fagocitando un barco que se pierde en el mar. El cuadro se llama *Peace*, a pesar de las aguas bravas de cualquier madrugada. Pedro encuentra ahora otro libro, uno de los que leyeron juntos hace algunos años, pero ahora no se acuerda de qué se trata, porque él nunca recuerda los libros que lee, ni las películas, ni las obras de teatro que ven juntos. Esta la razón por la que Ana empezó a llenar cuadernillos con listas.

Sin embargo, no olvida, eso sí que no olvida, los momentos con Ana en los que leían o veían la tele o hacían cualquier cosa, unos pegados al otro. Juntos, en presente y en plural.

Así, años. Así, cada día. Como casi cada día de estos últimos quince años.

La lista de Ana de Pedro: cuando canta, claro; sus manos pequeñas con las que nos agarramos cuando salimos a correr, cuando entramos a la casa, cuando el mundo es demasiado grande para nosotros dos, su cuerpo, sus piernas. Esa sonrisa cuando está relajada; la manera en la que maneja; me gusta la manera en la que toma el manubrio con las dos manos y hace fuerza con los ojos; cómo se baja del coche, cómo camina, cómo me calienta. Cómo se ríe a carcajadas con mis chistes bobos. Las listas que hace de nosotros dos. Las listas del futuro. La lista de las comidas que no le gustan. Lo que vamos a hacer este año. Lo que vamos a hacer en cinco años. Lo que vamos a hacer de viejos. Y así.

Pedro no recuerda ahora cuándo fue la última vez que hicieron una lista juntos. Hace tiempo que ya no hacen listas. Deben estar escritas por ahí, entre las páginas de los libros que ya no sabe de qué se tratan, o entre las libretas de las salidas al cine y al teatro. En su lista de Ana están

sus listas. Ahora, como la niebla pesada de la ilusión, es una lista vacía o con un solo pendiente: sobrevivir. A los años, a la vida juntos, a la capacidad de soñar con ellos en una playa en el invierno, con la virtud, la posibilidad de ser, de alguna manera, felices.

Pedro destaca de su lista de Ana la puesta en escena, cerrada e íntima y solo suya, que hace cada vez que va a ducharse, la media hora que demora en el baño de la habitación, que es solo suyo, el olor y el vapor que invaden la casa cuando acaba. Su lista de cremas y jabones que hay que comprar si viajan al extranjero.

Si hace silencio, ahora en la madrugada de la planta baja de su casa, Pedro oye respirar a Ana que duerme un piso más arriba, cubierta por el edredón de rayas que ya acordaron que se lo puede quedar ella. Él se va a quedar con los de IKEA.

En un rato, cuando despierte, oirá cómo se encierra en el baño. Oirá una canción a lo lejos, tan lejos como puede estar la habitación donde fue esta vida de las dos vidas juntas, de tantos días y tantas noches y tantos años seguidos. La música sonará como la canción de las despedidas. Pero Ana estará encerrada en su momento dulce de la lluvia caliente del baño. Murmurará la canción, una canción que invadirá la casa. Pero él ya no reconocerá esa melodía.

Desde hace un tiempo viven la etapa en la que cada uno sabe canciones que el otro no conoce. Ana, en este momento, canta una canción que en esta casa solo le pertenece a ella.

Pedro está seguro, lo sabe, que ahora mismo ella desliza su cabeza hacia atrás, dejando que el agua empape todo su pelo largo. Hoy será un día largo, piensa Pedro. Hoy es Nochebuena, mañana cumple cuarenta años, y pondrán en marcha la mudanza.

2

Pedro Ruiz, que mañana, día de Navidad, cumplirá cuarenta años, sube a buscar unas últimas horas de sueño antes de empezar la jornada, desayunar un café sin azúcar, comerse una manzana y salir a dar clases de natación, como lo hace cada mañana desde hace ocho años. Y a vivir el último día con Ana.

Lo piensa, lo sabe, y a la vez ese es un pensamiento, un conocimiento que quisiera censurar, borrar, eliminar, pero al mismo tiempo, en las contradicciones propias del último día, quisiera adelantarlo, que ocurra lo antes posible, que todo pase, de pronto, por fin, ya. Que el último día de su historia con Ana acabe de amanecer y por fin anochezca, acabe, muera, y con todos los rituales necesarios, enterrado bien enterrado, como las ballenas muertas en el profundo oscuro del mar.

Mañana, 25 de diciembre y día de su cumpleaños número cuarenta, despertará con la resaca propia de días así, y como le ha pasado en todos los años de su vida, nadie lo llamará temprano para decirle feliz cumpleaños, casi nadie se acordará de que este día también es el suyo, y poco a poco algunos irán cayendo en la cuenta de que además de Navidad, es el cumpleaños de Pedro. Para eso estaba Ana, para despertarlo con un beso de cumpleaños, un beso de buenos días, un beso de Navidad.

Pero mañana, a esa hora en la que él despierte, solo con el perro, Ana estará viajando en un avión, volando lejos de la casa que han comprado, remodelado, la casa que han hecho a su imagen, la que también a su imagen empezó a ser carcomida por las termitas, la humedad, la casa con sus árboles, su pequeño patio, el piano, las listas de las listas, la casa que han habitado día con día, con un perro que no entenderá por qué Ana no está dándole los besos de feliz cumpleaños a Pedro.

Ahora son casi las cinco, el despertador sonará en una hora. Se pregunta si vale la pena volver a la cama, sacar al perro de su lugar, meter el cuerpo bajo el edredón y sentir el calor de Ana a su lado, el olor de su pelo, el rumor de su respiración a punto de resfriarse, saber que esta hora es la última hora de Ana, con Ana, para Ana.

En la duda sobre si regresar a la cama caliente y oscura, Pedro recorre ahora mismo cada espacio en la penumbra. Se asoma al cuarto, donde Ana duerme, mira al perro a su lado, plácido como pasan la vida los animales que desconocen el futuro, su futuro, un futuro, el del perro, que tampoco está definido. Han decidido sobre los edredones, la mesa de la cocina, las sillas rojas, los cuadros, los sillones, las cajas de discos y libros, lo que queda de las deudas comunes, pero no se atrevieron nunca a hablar de con quién se queda el perro. Alguna vez Ana dijo que se plantearan un régimen de visitas, como si fuera un hijo. Pero Pedro sabe, a pesar de que ahora los ve durmiendo juntos, que Ana más pronto que tarde se lo va a dejar, porque en el fondo nunca quiso tener perros. Ella siempre fue más de gatos.

Pedro camina hasta el estudio que usan para ver la tele, el cuarto de los invitados, y observa las paredes pintadas en tonos suaves que eligieron cuidadosamente, una selección

que les llevó casi tres semanas. Ve los techos y descubre las vigas de maderas llena de huecos, henchidas de termitas que las carcomen desesperadas, sigilosas, desde hace vaya a saber cuánto tiempo. Un tiempo que tiene que ser el suficiente como para llegar a este estado, y descubrirlas, de pronto, en esta madrugada.

Busca en el cajón de abajo del escritorio una linterna. Ilumina y se sorprende por lo roído que está el techo. Indaga toda la planta alta alumbrando sobre su cabeza. Entra otra vez a la habitación. Cuida de no despertar a Ana con la luz. El perro se levanta. Pedro sale y sigue su recorrido, y el perro lo acompaña. Va mirando hacia arriba, lo hace con sigilo, con atención, como si estuviera descubriendo esta casa que ellos mismos diseñaron e hicieron construir. Cuánto tiempo pasamos, se pregunta Pedro, sin ver el techo de la casa. Uno construye una casa, se dice Pedro, y nunca más vuelve a observar lo que la sostiene. La pinta, la llena de cuadros, de luces, del ruido del perro, del día a día y cuando vuelve a mirar hacia arriba, ve que el cielo raso es un cielo cubierto por las nubes.

Y ve, penosamente asombrado, que hay huecos por todos lados. Huecos pequeños, pero en gran cantidad, por toda la madera, toda la casa. Habían discutido con el constructor lo de los tirantes, si de madera o de hierro. El hombre insistía en que la madera traería estos problemas, Pedro y Ana insistían en que preferían la calidez que daba el algarrobo, y se prometieron, como tantas promesas, estar atentos a cuidarla y darle el mantenimiento. Nunca lo hicieron.

Ahora las carcomas, las termitas, empiezan a consumir la casa por la cubierta. En el silencio de la madrugada, Pedro ya no oye la respiración a punto de resfriarse de Ana. Cree oír a todos estos bichos mordisquear los tablones. Los

escucha. Teme que esto sea más peligroso, como son peligrosas las cosas que nos madrugan, de un momento a otro. Toda sorpresa es un peligro, piensa Pedro, y se pregunta cómo fue que llegaron a esto, por qué nunca lo habían visto. Ana jamás habló del tema.

Ella tampoco está enterada de que la casa está a punto de caérseles encima. ¿Cuánto tiempo llevamos con esta decadencia viviendo entre nosotros?, piensa Pedro, y mira al perro, que a su vez lo observa con un gesto de seriedad, y le dice en voz baja: ¿cuánto demorará en derrumbársenos todo?

Se sienta en el cuarto de los invitados, donde los cuadros descolgados han dejado una marca en la pared. Ve la tele envuelta con una frazada y largas tiras de cinta scotch marrón. Lista para la mudanza. La tele queda para Pedro. Piensa que ese tono crema de los muros nunca le gustó del todo. Pero Ana insistía. Fueron una o dos semanas de no decidir por un color. No saben pelear. Y sabe Pedro cómo son esas discusiones: se empieza por un color en la pinturería y acaban discutiendo en el estacionamiento, treinta minutos después, sobre el destino de la vida, el mudarse de país, si tener o no tener hijos y de culparse porque la carrera de uno de los dos, o las de los dos, no despegó por culpa del otro. Cosas así, por el color de la pared.

Ese color que ahora se ve deslavado y con la marca de los cuadros, de las fotos, con el rasgo de las pinturas que dejan su rectángulo blanco como esas marcas blancas que hacen los policías alrededor de los asesinados en la calle. Piensa Pedro que esos asesinados, ese registro de los muertos que son ahora, en la madrugada en la que él está parado con una linterna en la mano, en calzoncillos y con el perro al lado, es el vivo muestrario del vacío en el que puede convertirse un hogar.

ALFAGUARA

«¿Qué preguntas pueden responder dos ballenas a punto morir? ¿Qué respuestas tienen los amantes, a la hora de las despedidas?»

Es 24 de diciembre y el año está por terminar. No sólo eso, también Pedro y Ana dejarán de ser pareja y cada uno emprenderá su camino. Ellos ya lo acordaron, pero ni sus familiares ni sus amigos lo saben. Hasta hoy. Esta Nochebuena será para Pedro un largo recuento de los momentos compartidos, de sus errores y de sus aciertos, además de su cumpleaños cuarenta.

Los lugares verdaderos es una novela sobre el fin del amor, que nos va envolviendo con la cadencia de las despedidas, y mostrando las grietas que se abren en las relaciones de pareja, los amigos, y en todo lo que se ha construido.

Gastón García Marinozzi nos regala, con maestría, una historia de amores y desamores en la que no necesitamos demasiado estruendo para poder reflejarnos en esas duras, pero sutiles, caídas.

FIC019000
FICCIÓN / LITERARIA
ISBN 978-607-381-119-4
9 786073 811194

Empresa Socialmente Responsable

penguinlibros.com
penguinlibrosmx

DISPONIBLE EN EBOOK